

*Discurso de investidura como Doctor “Honoris Causa” de la
Excm. Sra. Jane Goodall*

15 de diciembre de 2018

Bueno, lo primero de todo, permítanme darles los buenos días a todos.

En segundo lugar, ¡qué gran honor es para mí estar aquí! Estoy muy agradecida a la facultad de Veterinaria por recomendarme para este título honorífico.

Tengo que decirles que, por supuesto, no he podido entender lo que se ha dicho. Lamentablemente no hablo español, pero he escuchado una traducción al inglés. Cuando leo cosas así, me pregunto: ¿quién es esa persona?, ¿quién es esa persona de la que hablan?, ¿quién ha hecho esas cosas tan increíbles? No tengo la sensación de haber sido yo. Y tengo que decir que en realidad hay dos Janes. Por un lado está la Jane a la que todas estas personas elogian y, por otro, estoy simplemente yo. Yo, que sigo siendo muy parecida a la niña que fui cuando me crie en Inglaterra hace tantos años.

Pero antes de empezar mi pequeña charla, que espero se sume a los motivos por los que estoy aquí, estoy escuchando un idioma que desgraciadamente no entiendo. Por eso creo que les saludaré en un idioma que la mayoría de ustedes no entienden: «Uuuhh, uhhh, uhhhh». Si otros chimpancés escucharan ese saludo, responderían. Bien. Esos sonidos en chimpancé significan «Hola, soy yo, soy Jane».

Al parecer me encantaban los animales desde que nací y tuve una madre que fue un gran apoyo. Cuando tenía cuatro años, me llevó de vacaciones a una granja. Como vivíamos en Londres, donde no había muchos animales, esas vacaciones fueron una experiencia maravillosa. Todavía las recuerdo. Era una granja auténtica, en la que los animales estaban en el campo. No era como esas terribles granjas industriales modernas. Y fue en aquella granja donde observé por primera vez a los animales de un modo científico. Me encomendaron la tarea de recoger los huevos que ponían las gallinas. Yo no paraba de preguntar a todo el mundo: «¿Pero dónde tiene la gallina un agujero tan grande como para que salga un huevo?». Nadie me daba una respuesta que me cuadrara. Recuerdo ver una gallina, era marrón y estaba entrando en uno de los gallineros donde dormían de noche. Debí pensar: «¡Ah! ¡Va a poner un huevo!». Así que me arrastré tras ella, pero fue un error. Salió volando, me imagino que cacareando del susto. Y así, en mi mente de una niña de 4 años, me encuentro en la senda del descubrimiento y me doy cuenta, supongo, de que ninguna gallina pondría un huevo en ese gallinero. ¡Es un lugar aterrador! Así que me metí en uno vacío y me escondí en la parte trasera debajo de un poco de paja, y esperé. Esperé

y esperé... Yo estaba perfectamente, pero mi madre no sabía dónde estaba. Entonces, cuando ya se había hecho de noche e incluso había llamado a la policía, de repente ve a una niña emocionada corriendo hacia la casa... En lugar de enfadarse, vio el brillo en mi mirada y se sentó a escuchar la maravillosa historia sobre cómo ponen los huevos las gallinas. El motivo por el que me encanta esa historia no es solo porque trata sobre la formación de una pequeña científica, sobre la curiosidad, sobre hacer preguntas y no obtener la respuesta correcta, tomar la decisión de descubrirlo por ti misma, cometer errores y aprender a tener paciencia. Por todo ello. Y otra madre podría haber aplastado aquella curiosidad científica precoz.

Yo no soñaba con ser científica cuando era pequeña; las mujeres no tenían esos sueños. No había televisión cuando yo era niña y me encantaban los libros. Leer y escuchar a personas mayores hablar sobre el ancho mundo. Y, por supuesto, escuchábamos la radio. Además, crecí durante la devastadora Segunda Guerra Mundial. Solía pasar horas en una librería de segunda mano. Teníamos muy poco dinero y no podíamos permitirnos comprar libros nuevos. Tenía 10 años cuando me compré un libro después de ahorrar el dinero suficiente. Se llamaba Tarzán de los monos. Y ahí es cuando empezó mi sueño: «Me haré mayor, iré a África, viviré con animales salvajes y escribiré libros sobre ellos». Todo el mundo se rio de mí. Era tan solo una niña. Además, no tenía dinero y África estaba muy lejos. La gente no hacía ese tipo de cosas. Sin embargo, mi madre me dijo: «Si realmente quieres hacer algo así, tendrás que trabajar mucho, tendrás que aprovechar todas las oportunidades, pero no te rindas». Y ese es el mensaje que llevo por todo el mundo, sobre todo a los niños de zonas desfavorecidas. Y muchos de ellos vienen a verme o me escriben para decirme «Jane, quiero darte las gracias porque me enseñaste que, como tú lo conseguiste, yo también puedo lograrlo».

No pude ir a la universidad cuando acabé el colegio. No porque mis notas no fueran buenas. Lo eran, pero no podíamos permitirnoslo. Así que hice un curso de secretariado y conseguí un trabajo muy aburrido. Fue entonces cuando un compañero del colegio me invitó a Kenia. Para aceptar esa invitación tenía que conseguir el dinero y lo hice trabajando de camarera, ya que con mi trabajo en Londres era imposible ahorrar, así que volví a casa. Mi primer viaje a África fue en barco. En aquella época no había aviones para el transporte de turistas. Había algunos aviones, pero eran muy, muy caros y yo solo tenía dinero para comprar el billete de ida y vuelta en barco. Me alojé con mi amigo y fue entonces cuando alguien me comentó: «Jane, si te interesan los animales, tienes que conocer al Doctor Louis Leakey, el famoso paleontólogo y antropólogo». Y conseguí una cita para verle en el Museo de Historia Natural de Nairobi. Era comisario. Y me lo enseñó todo. Creo que se quedó impresionado con lo mucho que yo sabía sobre los animales africanos aunque nunca hubiera ido a la universidad y acabara de llegar de Inglaterra. Y, por supuesto, mis conocimientos se debían a que me había leído todos y cada uno de los

libros que encontré sobre animales de África. De todos modos, acabó preguntándome si querría ir a estudiar a los chimpancés. Si estaría dispuesta a adentrarme en la selva, en lo que en aquel entonces era la parte de Tanganika del, digamos, el último puesto de avanzada del decrepito Imperio Británico.... Y por supuesto acepté. Costó un año encontrar el dinero. Pero, entonces, las autoridades británicas se negaron a dejarme ir. Dijeron que no podían permitir que una jovencita deambulara por la selva, que no era lo correcto. Pero al final accedieron, aunque solo me permitirían ir si alguien me acompañaba. Y, de nuevo, fue esa misma e increíble madre la que se ofreció voluntaria. Teníamos dinero para seis meses, aunque ella solo se quedó cuatro, levantándose continuamente la moral, ya que en aquel momento los chimpancés eran muy cautos. No habían visto nunca un mono blanco y salían huyendo. Y fue mi madre quien destacó todo lo que yo estaba aprendiendo de la cumbre que observaba a través de mis prismáticos, ya que empezaba a conocer su estructura social, su forma de alimentarse, las llamadas que hacían. Y fue una pena que se marchara justo antes de la importante observación que hoy todo el mundo conoce: el primer chimpancé que empezó a perderme miedo, al que yo había puesto el nombre de David GreyBeard por la barba blanca que lucía en la barbilla. Lo vi ese día tan especial, recogiendo tallos de hierbas y usándolos para pescar termitas en los termiteros... Y vi cómo rompía ramitas y las utilizaba como herramientas para pelar las hojas. Por lo tanto, estaba fabricando y utilizando herramientas. Esto no resultaría nada emocionante si lo viéramos hoy. Sabemos que muchos animales saben fabricar y utilizar herramientas. Pero en aquel entonces, «humano» se definía como «hombre, capaz de fabricar herramientas» y se suponía que éramos las únicas criaturas del planeta capaces de fabricar y utilizar herramientas. Fue aquella observación la que supuso un auténtico avance, ya que Leakey pudo conseguirme dinero para que continuase con la investigación. A los seis meses el dinero se acabó y acudió a la National Geographic Society. Aceptaron financiar el trabajo y enviaron a un fotógrafo y cineasta, Hugo Van Lawick, para que documentara mis descubrimientos. Para aquel entonces, yo ya había aprendido bastante. Había aprendido a diferenciar a los chimpancés. Les había puesto nombre a todos. Estaba Goliath, íntimo amigo de David, la anciana Flo y su familia, Melissa y todos los demás, que poco a poco se fueron convirtiendo en prácticamente parte de mi familia. ¡Los conocía a todos tan bien! Y si volvemos la vista atrás casi sesenta años, podemos ver que se desarrolla una relación muy importante entre una madre y sus hijos. Una relación que puede durar toda la vida de los chimpancés, que pueden vivir hasta sesenta años en su hábitat natural.

Los chimpancés tienen una larga infancia, de cinco años entre nacidos vivos. Y, durante ese tiempo, el chimpancé va montado a la espalda de su madre, mama, aunque cada vez con menos frecuencia, y duerme con ella por las noches. Cuando nace la siguiente cría, el

hermano mayor permanece con la madre y se crean estrechos vínculos entre ellos, no solo entre la madre y sus hijos, sino también entre hermanos y hermanas.

Poco a poco fui observando cómo algunos machos estaban mucho más motivados por lograr una posición más alta en la jerarquía masculina. Por cierto, que los machos normalmente son dominantes sobre todas las hembras. Y vi que los machos que competían se pavoneaban y caminaban erguidos, se les erizaba el pelo y fruncían el ceño con furia. Algunas veces incluso tiraban piedras y agitaban ramas.... En realidad se comportaban de un modo muy parecido a cómo se comportan algunos políticos humanos hoy en día, pero no daré nombres... Dejaré que los imaginen ustedes mismos. Rápidamente me di cuenta de que los chimpancés se comunicaban con un lenguaje no verbal utilizando gestos muy similares a los nuestros. Y de que los utilizaban en el mismo contexto. Se besaban, se abrazaban, se cogían de la mano, se daban palmaditas, agitaban los puños, lanzaban piedras, pedían comida con la palma de la mano extendida y, por supuesto, fabricaban y utilizaban herramientas. Además, advertí cómo los más jóvenes observaban atentamente a los mayores mientras utilizaban estas herramientas o realizaban otras acciones y cómo, poco a poco, los imitaban y practicaban hasta integrar dichas acciones en su comportamiento o repertorio. Me impresionó descubrir que, como nosotros, tienen un lado oscuro y brutal. Son capaces de ejercer una violencia extrema e incluso de mantener una especie de guerra rudimentaria. Pero también, como nosotros, tienen una cara amable, adorable y verdaderamente altruista en su naturaleza. Esto es así hasta el punto de que si un bebé pierde a su madre, y siempre que tenga más de tres años y no necesite mamar, es posible que un adulto sin parentesco con la cría la adopte, cuide de ella y le salve la vida. Si tiene un hermano o hermana mayor, será el hermano quien se encargue de la cría.

Cada vez resultaba más obvio, a medida que pasaban los meses en la selva, que efectivamente los chimpancés eran nuestros parientes más cercanos en lo que a conducta se refiere. Y en ese momento es cuando Leakey me envía a la Universidad de Cambridge. Me dice que no tengo tiempo que perder con la licenciatura y me consigue una plaza en Cambridge para hacer el doctorado en etología. Yo ni siquiera sabía lo que significaba «etología». Recuerden que no había ido a la universidad. Y estaba nerviosa. ¿Pueden imaginarse cómo me sentí cuando muchos de los profesores me dijeron que había hecho todo mal? No tenía que haber puesto nombre a los chimpancés; no era científico. Tenía que haber utilizado números. No podía decir que tenían personalidad. No podía decir que tenían mentes y que eran capaces de pensar. Y ni mucho menos podía decir que sentían emociones. Eso era lo peor del antropomorfismo: atribuir comportamientos humanos a animales que no son humanos. Pensaban que había una diferencia de especie entre nosotros y el resto de los animales. Pero, afortunadamente, cuando era pequeña tuve un profesor maravilloso. Un profesor que me enseñó que esos profesores, con todos sus

conocimientos, en este aspecto estaban equivocados. Y ese profesor fue mi perro. No es posible compartir tu vida con un animal, ya sea un perro, un gato, un conejo, una cobaya, un cerdo, un caballo, una vaca o un pájaro y no darte cuenta de que, sin duda, no somos los únicos seres del planeta que tenemos personalidad, mente y emociones.

Tuve un supervisor maravilloso. Le debo mucho. El profesor Robert Hind, uno de los más importantes etólogos europeos. Fue él, al principio mi crítico más severo, quien vino a Gombe a pasar dos semanas y quien después me escribió diciéndome: «He aprendido más sobre comportamiento animal en esas dos semanas que durante el resto de mi vida». Y fue quien me ayudó a poner por escrito mis revolucionarias ideas de tal modo que mis colegas científicos no pudieran destrozarme. Conseguí mi doctorado. Y volví a Gombe. Y probablemente esa fue la mejor época de mi vida, ya que seguí estudiando a los chimpancés, construí un centro de investigación, traje a estudiantes jóvenes para que estudiaran distintos aspectos del comportamiento de los chimpancés y, sobre todo, pude pasar horas en la selva, yo sola o con los chimpancés, para estudiar las relaciones existentes entre todos los seres vivos que habitan en ella. El modo en el que cada pequeña especie desempeñaba su función. Y, aunque parezca insignificante, si se extinguiera localmente o quizás totalmente y fuera el alimento de otro organismo, entonces este también podría desaparecer. Y, por lo tanto, la pérdida de una pequeña especie podría suponer la destrucción de todo el ecosistema.

Fue también durante el tiempo que pasé en la selva cuando establecí una estrecha conexión espiritual con la naturaleza. La sentía en todas partes. Como he dicho, fue la mejor época de mi vida. Pero, entonces, ¿por qué me marché? Me marché porque en 1986 ayudé a organizar una conferencia en América. En aquel entonces había unos seis, puede que siete, centros de investigación con gente que estaba estudiando a los chimpancés en distintas partes de África y queríamos reunirlos a todos para poder plantearles preguntas como: «¿se comportan los chimpancés exactamente del mismo modo en los distintos hábitats?», «¿utilizan las mismas herramientas?», «¿los mismos gestos?», «¿hay diferencias en su estructura social?». Ese era el objetivo principal. Y vimos que en realidad había diferencias. Y como una definición de la cultura humana es que es aquella en la que los patrones de conducta se transmiten de una generación a la siguiente a través de la observación, la imitación y la práctica, definitivamente podemos decir que los chimpancés tienen sus propias culturas primitivas.

Sin embargo, también mantuvimos una sesión sobre las condiciones existentes en algunas situaciones de cautividad. Y no pude dormir después de aquello. Después de ver grabaciones filmadas en secreto de nuestros parientes vivos más cercanos en laboratorios de investigación biomédica. Nuestros parientes más cercanos, a quienes yo había conocido tan bien en estado salvaje, que son tan parecidos a nosotros, viviendo en jaulas

de metro y medio por metro y medio. Y estaban allí porque se sabía que, biológicamente, son muy parecidos a nosotros. Pero los científicos que creían que podían probar vacunas y curas en estos animales porque biológicamente eran muy parecidos a nosotros, no consideraron el hecho de que también son muy parecidos a nosotros en la psicología y el comportamiento. Para mí fue un shock. También celebramos una sesión sobre conservación. Y en todos estos centros de investigación había fotografías o películas de cómo se estaba destruyendo la selva, cómo se reducía la población de chimpancés, el comienzo del comercio con la carne de caza, la caza comercial de animales salvajes para el consumo como alimento, el comercio de mascotas tras matar a las madres para vender a sus crías como mascotas a zoológicos o circos extranjeros y, en aquellos días, para la investigación médica. Por lo tanto, fui a esa conferencia como científica, con un maravilloso futuro por delante, pero volví como activista. La gente me pregunta: «¿Fue difícil tomar esa decisión?» Pero yo no creo que fuese una decisión. Simplemente se produjo un cambio en mí. Así que, sabía que tenía que hacer algo para ayudar. Pero, ¿qué podía hacer? Me las arreglé para conseguir un permiso para entrar en un par de laboratorios de investigación médica. ¿Cómo podré olvidar alguna vez cuando miré a los ojos a uno de los machos? Debía tener unos treinta años y ahí estaba, solo en su jaula, rodeado por barras de acero a cada lado, por debajo y por arriba. No tenía nada que hacer. Estaba solo. Estaba en una habitación en la que había diez machos en total, todos ellos en jaulas individuales. Y cuando le miré a los ojos, pensé en los chimpancés de treinta años de Gombe y en el tipo de vida que llevaban. Me caían las lágrimas detrás de la mascarilla. Yoyo sacó su dulce dedo y tocó una de mis lágrimas. Por lo tanto, ha sido una lucha muy, muy larga, pero, finalmente, en Estados Unidos todos los chimpancés utilizados en investigación médica están en reservas o a la espera para ir a una reserva cuando no hay dinero. Y la lucha no solo fue por motivos éticos, aunque eran los míos. Fue porque el nuevo director del National Institutes of Health, después de hablar conmigo, envió a un grupo de 11 científicos que pasaron 18 meses examinando todos los experimentos que se estaban realizando en los distintos laboratorios del NIH. Tenían que responder a dos preguntas: «¿Es este experimento beneficioso para la salud humana?» y «¿Es potencialmente beneficioso para la salud humana?». A los 18 meses, los científicos regresaron con su deliberación: ninguno de los experimentos era beneficioso ni potencialmente beneficioso para la salud humana. Y esto también es aplicable a muchos otros aspectos de la investigación con distintos animales.

Pero, ¿qué ocurriría con la conservación? Conseguí un poco de dinero y visité seis países africanos en los que vivían chimpancés. Y aprendí mucho sobre la grave situación en la que se encontraban los chimpancés. En concreto, una de las cosas más conmovedoras que vi fue cómo las crías, después de haber matado a sus madres, se destinaban al tráfico de animales o se vendían como mascotas, perdón, o como comida, porque en algunos países

africanos comen chimpancés, lo cual es ilegal, pero a nadie le importaba. La primera cría que vi estaba a la venta en un bullicioso mercado africano, a pleno sol, acurrucada en la parte superior de una pequeña jaula de alambre y con una cadena alrededor del cuello. Afortunadamente conseguimos la ayuda de la Embajada americana, que acudió al Ministerio de Medio ambiente. Obtuvimos permiso para confiscar a esa cría y ahí fue cuando comenzó nuestro programa de rescate. Actualmente tenemos dos refugios principales en África, y Rebeca, de quien habréis oído hablar y que ahora está sentada frente a mí, y que sospecho que es la persona que me ha propuesto para este título honorífico, es quien los dirige junto a su marido, Fernando, quien también se encuentra en algún lugar de esta sala.

Por lo tanto, a la vez que voy conociendo la grave situación de los chimpancés, también conozco los problemas a los que se enfrentan las muchas personas que viven en los hábitats de los chimpancés o alrededor de ellos. La desgarradora pobreza, la falta de buenas instalaciones sanitarias y educativas, y la destrucción del medio ambiente a medida que las poblaciones humanas van creciendo y avanzando hacia la selva para tener más tierras en las que asentar sus aldeas o cultivar, llevándose con ellos, en muchas ocasiones, cabras y otro ganado destructivo. Pero el punto crítico llegó cuando sobrevoló el Parque Nacional de Gombe. Cuando empecé, en 1960, esos diminutos ciento treinta y cinco kilómetros cuadrados de tierra formaban parte del gran cinturón de selva ecuatorial que cruzaba África, desde el este hasta la costa oeste africana. Cuando en 1990 sobrevoló la zona en un pequeño avión, lo que vi fue una diminuta isla de selva rodeada por colinas totalmente yermas. Había más gente allí de la que la tierra podía soportar. Habían sobreexplotado los campos de cultivo. Ya no era una tierra fértil. En su desesperación por cultivar más alimentos habían talado árboles incluso en las pendientes más escarpadas. La erosión del suelo era terrible. Los pequeños arroyos se filtraban. Pero eran muy pobres para poder comprar alimentos en otro lugar. Y ahí es cuando lo vi claro: si no ayudamos a estas personas, no podremos ni siquiera intentar salvar a los chimpancés. Así que fundé el Instituto Jane Goodall, que empezó en Tanzania con un programa llamado «Take care o Takari». Era un programa muy holístico en el que empezamos por elegir a un pequeño grupo de tanzanos. No se trataba de ningún grupo de arrogantes blancos que llegan a una aldea pobre para decirles lo que van a hacer para mejorar sus vidas. No, eran tanzanos oriundos que se sentaban con los aldeanos y les preguntaban: «¿Qué podemos hacer para mejorar vuestras vidas?». Cultivar más alimentos, lo que significaba recuperar la fertilidad de los campos sobreexplotados sin utilizar productos químicos tóxicos. Querían mejores instalaciones sanitarias y educativas. Trabajamos con las autoridades locales tanzanas, quienes ya tendrían que haber trabajado en estas áreas. E introdujimos programas para la gestión del agua. Introdujimos microcréditos, sobre todo para las mujeres, basados en el Banco Muhammad Yunus Grameen, en el que las mujeres podían solicitar microcréditos

para realizar proyectos que fueran sostenibles desde el punto de vista medioambiental. Y conseguimos becas para que las niñas siguieran estudiando después de la pubertad, ya que en todo el mundo es sabido que cuando se mejora la educación de las mujeres, el tamaño de las familias tiende a reducirse. Les facilitamos información sobre planificación familiar –políticamente incorrecta– pero la gente la recibió muy bien. Se acabaron los días en los que las familias grandes podían mantener a sus padres durante la vejez. No había tierras. Había demasiada gente viviendo en ellas. Y esta información, de nuevo facilitada por tanzanos locales, fue acogida con entusiasmo y comenzó a marcar la diferencia. Gracias a ello, los aldeanos han reservado tierras en su plan de gestión del uso del suelo alrededor del Parque Nacional de Gombe y la selva está empezando a recuperarse. Gracias a nosotros se dieron cuenta de que no solo estamos protegiendo el medio ambiente para los chimpancés y otros animales salvajes, sino también para su propio futuro. Porque si siguen destruyendo la tierra de este modo, ¿qué quedará para sus hijos y nietos? Ahora contamos con este programa en las 72 aldeas que se encuentran en las zonas donde habitan los chimpancés salvajes de Tanzania. Y tenemos aldeanos voluntarios formados como vigilantes de la selva. Vigilan las reservas de la selva donde viven la mayoría de los chimpancés y que no están protegidas. Ahora lo están porque los aldeanos han comprendido la importancia que tienen mediante programas educativos. Y este tipo de protección, una protección brindada por la comunidad, está funcionando ahora en otros seis países africanos, incluido Senegal, donde está trabajando el IJA España, e incluida la República del Congo, donde se encuentra nuestro refugio de Tchimpounga dirigido por Rebeca y Fernando. Por tanto, verdaderamente está ayudando a salvar a los chimpancés, pero también está mejorando las vidas de los cientos y cientos de personas que viven en la zona. Cuesta mucho dinero. Empecé a viajar para aumentar la concienciación y recaudar fondos. Conocí a muchos jóvenes que parecían no tener esperanzas para el futuro. Estaban apáticos, no parecía que les importara nada. Algunas veces se mostraban enfadados, otras tremendamente deprimidos. Y cuando hablaba con ellos me decían: «Bueno, os habéis cargado nuestro futuro y no podemos hacer nada para remediarlo». Esto quiere decir que no hemos heredado este planeta de nuestros padres, lo hemos tomado prestado de nuestros hijos, pero no estamos tomando prestado el futuro de nuestros hijos, se lo estamos robando. Y seguimos robándoselo hoy en día. Esto me hace pensar en la enorme diferencia que existe entre nosotros, los chimpancés y otros animales. Sí, hay otros animales que son mucho más inteligentes de lo que creíamos. No solo los chimpancés y otros grandes simios y monos, sino también los elefantes y los leones. También las aves, con todo lo que sabemos ahora de la inteligencia de las aves. Y también podría hablaros sobre lo inteligentes que son los cerdos. Por favor, buscad en Google «Pig-Casso», no Picasso, y os sorprenderéis. No os voy a contar lo que veréis. Y ahora conocemos la inteligencia del pulpo y que incluso los abejorros pueden ser entrenados para hacer ciertas cosas. Y otros abejorros que no han sido adiestrados pueden hacer esas mismas

pequeñas tareas con tan solo observar a los abejorros que sí han sido adiestrados. Por lo tanto, sí, los jóvenes que quieran estudiar el comportamiento animal tienen mucho donde observar. ¡Qué época tan emocionante! Pero, al mismo tiempo, nosotros los humanos estamos destruyendo el mundo de su futuro. Por lo tanto, de nuevo, la diferencia, yo creo que la diferencia más grande, aunque hay muchas, pero la diferencia más grande entre nosotros, los chimpancés y otros animales es este desarrollo explosivo de nuestro intelecto. Piensen simplemente en alguna tecnología que acabe de desarrollar el cerebro humano. Cuando yo era pequeña era ciencia ficción, pero ahora ya está entre nosotros. Y, a medida que vamos sabiendo más y más sobre la difícil situación en la que se encuentra el planeta hoy en día, cada vez son más los científicos que se dedican a crear tecnología que nos permita vivir en mejor armonía con la madre naturaleza. Y nosotros, como individuos, estamos empezando a conocer formas de dejar una huella ecológica más pequeña en nuestro paso diario por el mundo.

Pero, volviendo al tema de los jóvenes, cuando dicen que estamos destruyendo su futuro y que ellos no pueden hacer nada para impedirlo, ¿tienen razón? Hay científicos que dicen que hemos emprendido un camino del que no hay retorno. Pero hay otros científicos que creen, como es mi caso, que todavía tenemos margen de tiempo, pero solo si nos juntamos pronto y empezamos a reparar el daño que hemos causado. Y creo que todos los presentes aquí, al estar en una universidad, saben de lo que estoy hablando cuando digo que estamos destruyendo el planeta. Conocen los efectos de la contaminación del aire, el agua y la tierra. Saben que estamos destruyendo los dos grandes pulmones del planeta: los bosques y los océanos. Ambos pueden absorber el dióxido de carbono de la atmósfera y emanar oxígeno. Y, por supuesto, el dióxido de carbono es el principal gas de efecto invernadero. Gases que forman un manto alrededor del globo y dejan atrapado el calor del sol, lo cual ha provocado cambios climáticos en todo el mundo. Sin duda, el principal responsable de los gases de efecto invernadero es la quema temeraria de combustibles fósiles. Pero también hay otro gas que está aumentando gradualmente y es el metano. Actualmente, los principales productores de gas metano son todos esos animales que se explotan en la ganadería intensiva. Producen metano durante la digestión, al igual que hacemos todos nosotros. Pero también se produce un tremendo daño al medio ambiente porque estos miles de millones de animales hacinados en estos lugares tan terribles tienen que recibir alimentación. Y se destruyen inmensas áreas de hábitat para cultivar el grano. Y luego se utilizan combustibles fósiles para llevar el grano desde el campo hasta los animales, los animales al matadero y la carne a la mesa. Se desperdicia agua al transformar las proteínas vegetales en proteínas animales. Y, con frecuencia, se administran antibióticos a estos animales para mantenerlos vivos, no porque estén enfermos. Las bacterias se hacen cada vez más resistentes. Seguramente habrán oído que hay gente que muere debido a estas superbacterias. Bacterias que son resistentes a todos los antibióticos humanos conocidos.

¿Qué nos pasa? ¿Por qué estamos haciendo estas cosas al que es nuestro planeta hoy y el de las generaciones futuras mañana? A mí me parece que hay algún tipo de desconexión entre este cerebro inteligente y el corazón, el amor y la compasión del ser humano. Tomamos decisiones pensando en cómo me ayudará esto a mí ahora, a mi familia ahora, a mi próxima campaña electoral, a la próxima reunión de accionistas, en lugar de pensar en cómo afectará esta decisión a las futuras generaciones. Y sin duda creo que únicamente cuando cabeza y corazón trabajan en armonía es cuando podemos conseguir nuestro verdadero potencial humano. Pero no es de extrañar que los jóvenes estén deprimidos, enfadados, apáticos. Y no solo los jóvenes. Cuanto más sabemos sobre lo que está ocurriendo, más nos deprimimos, angustiamos o desesperamos. Inicié el programa Raíces y Brotes en 1991 en Tanzania, con 12 estudiantes de secundaria. Y ya en ese momento decidimos que el mensaje principal sería: Todos y cada uno de nosotros importamos, todos y cada uno de nosotros generamos algún impacto sobre el planeta todos y cada uno de los días. Y tenemos una opción: ¿qué vamos a hacer para cambiarlo? Este programa de Raíces y Brotes se está aplicando actualmente en cerca de 80 países. En España está avanzando rápido gracias a Federico y a su equipo de aquí de España. Y tras comprender la interconexión que existe de todas las cosas, decidimos desde el principio que cada grupo elegiría proyectos que ayudaran a las personas, a los animales o al medio ambiente. Porque todo está interconectado. Ese es mi mayor motivo para tener esperanza. Los jóvenes de todo el mundo están cambiando el mundo. Tenemos 2000 grupos en China continental. Y es una cifra importante si pensamos en el papel que está desempeñando China en el mundo hoy, con la destrucción del medio ambiente. Y la gente en China se me acerca y me dice: «Por supuesto que me preocupa el medio ambiente, participé en Raíces y Brotes cuando estaba en primaria» o «Por supuesto que me importan los animales, vi sus películas sobre los chimpancés en Raíces y Brotes cuando estaba en primaria».

Así que, mientras yo hablo, hay grupos en todo el mundo trabajando con empeño. Saliendo ahí fuera con pasión, dedicación, determinación, y disfrutando al mismo tiempo. Y ayudándonos a mantener una mejor relación con la madre naturaleza.

Mi siguiente motivo para la esperanza es este cerebro humano. Como hemos visto, cada vez creamos más formas de vivir en armonía con la naturaleza.

Mi tercer motivo es la resistencia de la naturaleza y que los lugares que han sido destruidos puedan volver a sustentar vida, como ha ocurrido con los árboles que han vuelto a rodear Gombe. Se acabaron las colinas desiertas. Los animales que están al borde de la extinción pueden tener otra oportunidad. Y esto también está ocurriendo aquí en España.

Y, por último, el indomable espíritu humano, la gente que se enfrenta a lo que parece ser imposible, que no se rinde y que logra el éxito. Eso es lo que me hace seguir, con casi 85 años, viajando 300 días al año por todo el mundo para dar conferencias como esta. Es porque he conocido a tanta gente increíble que hace cosas increíbles... Si hubiesen estado al principio del refugio de Tchimpounga como yo estuve y pudiesen ver cómo han conseguido cambiar las cosas Rebeca y Fernando... No solo cuidando de los chimpancés, sino protegiendo el medio ambiente y educando a los jóvenes. Y he conocido a este tipo de personas, con sus proyectos, en todas las partes del mundo. Y creo que lo más importante con lo que quiero que se queden hoy es que todos y cada uno de nosotros tenemos ese indómito espíritu, pero algunas personas no lo saben. No lo desarrollan. No lo dejan salir al mundo. Y es extremadamente importante que todos y cada uno de nosotros cumplamos nuestra función ahora e intentemos hacer el mundo un poquito mejor, todos los días.

Les doy las gracias por este maravilloso honor que me han concedido hoy. Les agradezco la oportunidad de hablarles y de entregarles un mensaje que yo considero muy importante.

Espero que empiece a formarse un grupo de Raíces y Brotes en esta maravillosa universidad.

Y, por último, gracias a todos.